

EL PRINCIPIO SEPTENARIO EN EL ESOTERISMO

Helena Blavatsky

Desde el día en que comenzó a exponerse la Doctrina Arhat esotérica, muchos de aquellos que ignoraban la base oculta de la filosofía inda, imaginaron que entre ambas había divergencia. Algunos, entre los más fanáticos, acusaron abiertamente a los ocultistas de la Sociedad Teosófica de propagar la herejía budista más caracterizada, y hasta llegaron a afirmar que en su totalidad el movimiento teosófico no era otra cosa que una propaganda budista disfrazada. Brahmanes ignorantes y sabios europeos dijeron que nuestras divisiones septenarias de la Naturaleza y de todo lo contenido en ella, incluso el hombre, eran arbitrarias y que los sistemas religiosos más antiguos del Oriente no las confirmaban.

Nos proponemos ahora consultar brevemente los Vedas, los Upanishads, los Libros de la Ley de Manu y particularmente la Vedânta, a fin de demostrar que todos éstos apoyan nuestra creencia. Aun en su esoterismo vulgar aparece claramente la afirmación de la división septenaria. Pasaje tras pasaje podría citarse como prueba de ello, y no sólo puede leerse el misterioso número en cada página de las más antiguas Escrituras Sagradas arias, sino también en los libros más antiguos del zoroastrismo, en los anales que pudimos salvar de las antiguas Babilonia y Caldea, en el Libro de los Muertos y Rituales del antiguo Egipto y hasta en los libros mosaicos, sin hacer mención de las obras secretas judías, tales como la Kabbalah.

El limitado espacio de que disponemos nos obliga a ceñirnos a unas pocas citas breves, no permitiéndonos intentar siquiera extensas explicaciones. No es exageración asegurar que podría escribirse un tomo voluminoso acerca de cada una de las pocas alusiones que aparecen en los slokas citados.

Desde el bien conocido himno al tiempo del Atharva Veda (XIX, 53) El tiempo, semejante a una brillante rueda con siete radios, Lleno de fecundidad, arrastra todo hacia adelante.

El tiempo, cual carro de siete ruedas Y siete cubos, marcha hacia adelante, Las ruedas veloces son los mundos todos, su eje es la Inmortalidad. hasta Manu, “el primero y el séptimo hombre”, los Vedas, los Upanishads y todos los sistemas de filosofía posteriores, todos abundan en alusiones acerca de este número.

¿Quién era Manu, el hijo de Svâyambhuva? Nos dice la Doctrina Secreta que ese Manu no era hombre, sino la representación de las primeras Razas humanas, evolucionadas con el auxilio de los Dhyân–Chohans (Devas) al principio de la Primera Ronda.

Pero nos enseñan sus Leyes (I,80) que hay catorce Manus para cada Kalpa o “intervalo entre creación y creación” (léase intervalo entre un Pralaya menor y otro), y que “en la presente edad divina hubo hasta ahora siete Manus”. Los que saben que hay siete Rondas, de las que tres han pasado, y que nos hallamos ahora en la cuarta, que hay siete auroras y siete crepúsculos o catorce Manvantaras, que al principio de cada Ronda y a su fin y sobre y entre los planetas, hay “un despertar a la vida ilusoria y un despertar a la vida real”; que existen además Manus–Raíces y lo que hemos de traducir imperfectamente por los Manus–Semilla – las semillas para las Razas humanas de la

Ronda venidera (misterio que sólo a aquellos que han pasado el Tercer Grado en la Iniciación es divulgado)–; los que todo eso hayan aprendido estarán mejor preparados para comprender el significado de lo que sigue. Nos enseñan las Sagradas Escrituras indas que el primer Manu produjo otros seis Manus (siete Manus primarios entre todos), y esos a su vez produjeron cada uno otros siete Manus (Bhrigu, I, 61–63) 1, resultando la producción de estos últimos en los tratados ocultos como 7 x 7.

Claramente aparece, por lo tanto, que Manu, el último, el progenitor de nuestra humanidad de la Cuarta Ronda, ha de ser el séptimo ,puesto que nos hallamos en nuestra Cuarta Ronda y que hay un Manu–Raíz en el Globo A y un Manu–Semilla en el Globo G. Así como cada Ronda planetaria comienza con la aparición de un Manu–Raíz (Dhyân Chohan) y termina con un Manu–Semilla, de igual modo aparecen respectivamente un Manu–Raíz y Semilla al principio y fin del período humano en cada planeta particular. Fácilmente se verá por la declaración anterior que un período Manu–antártico significa, como lo implica el término, el tiempo que transcurre entre la aparición de dos Manus o Dhyân–Chohans, y por lo tanto, un Manu–antara menor es la duración de las siete Razas sobre cualquier planeta particular, y un Manu–antara mayor es el período de una Ronda humana a través de la Cadena Planetaria. Además, como nos dicen que cada uno de los siete Manus crea 7 x 7 Manus y que hay 49 Razas–Raíces sobre los siete planetas durante cada Ronda, cada Raza –Raíz tiene, pues, su Manu. El séptimo Manu actual es llamado Vaivasvata, y aparece en los textos exotéricos como el Manu que en la india representa al Xisustro babilónico y al Noé judío. Mas nos enseñan los libros esotéricos que Manu Vaivasvata, el progenitor de nuestra quinta Raza, el que la salvó del Diluvio que casi exterminó a la cuarta (la Atlante),no es el séptimo Manu mencionado en la nomenclatura de los Manus–Raíces o primitivos, sino uno de los 49 “emanados de este Manu–Raíz”.

Para mayor claridad, damos aquí los nombres de los 14 Manus en su orden respectivo y su relación con cada onda:

	MANÚ	EN EL PLANETA
Primera Ronda	1ª (Raíz)	A.–Svâyambhuva.
	1ª (Semilla)	G.–Svârochi o Svârochisha.
Segunda Ronda.	2ª (Raíz)	A.– Autami.
	2ª (Semilla)	G.– Tâmasa.
Tercera Ronda	3ª (Raíz)	A.– Raivata.
	3ª (Semilla)	G.– Châkshusha.
Cuarta Ronda	4ª (Raíz)	A.–Vaivasvata (nuestro progenitor).
	4ª (Semilla)	G.– Sâvarna.
Quinta Ronda	5ª (Raíz)	A.– Daksha Sâvarna.
	5ª (Semilla)	G.– Brahma Sâvarna.
Sexta Ronda	6ª (Raíz)	A.– Dharma Sâvarna.
	6ª (Semilla)	G.– Rudra Sâvarna.
Séptima Ronda	7ª (Raíz)	A.– Rauchya.
	7ª (Semilla)	G.– Bhautya.

Así pues, aunque séptimo en el orden indicado, Vaivasvata es el Manú–Raíz primitivo de nuestra cuarta Oleada Humana (siempre debe tener presente el lector que Manu no es un hombre, sino la Humanidad colectiva), mientras que nuestro Vaivasvata era tan sólo uno de los siete Manus menores que presiden las siete Razas de este planeta nuestro. Cada uno de éstos ha de ser testigo de uno de los cataclismos periódicos eternamente reproducidos (por el fuego y el agua alternativamente) que terminan el ciclo de cada Raza–Raíz. Y es este Vaivasvata –la encarnación del ideal indo, llamado respectivamente Xisustro, Deucalión, Noé y por otros nombres– el hombre alegórico que salvó a nuestra Raza cuando la casi totalidad de la población de un hemisferio pereció por el agua, mientras despertaba de su oscurantismo temporal el otro hemisferio.

Aun comparando brevemente la undécima tabla de las leyendas de Izdubar sobre la historia caldea del Diluvio con los llamados libros mosaicos, desempeña el número siete un papel importante. Tanto en aquélla como en estos últimos, reviste grandísima importancia el número siete. Los animales, pues, son apartados en siete, en siete 2 igualmente las aves; a Noé se le anuncia que lloverá dentro de siete días sobre la Tierra; así espera “otros siete días” y siete días más, mientras que en la versión caldea del Diluvio la lluvia cesó al séptimo día 3.

El séptimo día fue echada a volar la paloma; Xisustro coge por siete los Jarros de vino para el altar, etc. ¿Cómo explicar tales coincidencias? ¡Y sin embargo, pretenden los orientalistas europeos que creamos en ellos cuando juzgando las cronologías babilónicas y arias las tachan de extravagantes e ilusorias! A pesar de ello, como ninguna explicación nos ofrecen aquellos, ni observaron jamás, que sepamos, la extraña identidad existente en los totales de las cronologías semítica, caldea e indo–aria, los estudiantes de la Filosofía Oculta consideran el hecho que sigue como sugestivo en extremo. Mientras se fija en 432.000 años 4 el período del reinado de los lo reyes babilonios antediluvianos, también señalan 432.000 años de duración al Kali Yuga posterior al diluvio y los cuatro períodos, o el Mahâ Yuga, acusan en su totalidad 4.320.000 años. ¿Por qué siendo ilusorias y extravagantes presentan números idénticos, cuando seguramente ni los arios, ni los babilonios se han copiado unos a otros? Llamamos la atención de nuestros ocultistas para que se fijen en los tres números dados:4,que representa el cuadrado perfecto,3, la tríada (los siete principios universales y los siete individuales), y 2, el símbolo de nuestro mundo ilusorio, número ignorado y rechazado por Pitágoras.

En los Upanishads, así como en la Vedânta, es donde hemos de buscar las mejores corroboraciones de las enseñanzas ocultas. En la doctrina mística, los Rahasya o los Upanishads –“el único Veda de todo pensador indo actualmente”, según confiesa Monier Williams–, cada palabra, como su nombre mismo implica 5, ofrece un sentido secreto. Ese sentido sólo puede comprenderse por aquel que posee un pleno conocimiento de Prâna, la Vida Una,“el cubo del que parten los siete radios de la Rueda Universal” (himno a Prâna, Atharva Veda, XI, 4).

Hasta los orientalistas europeos reconocen que todos los sistemas en la India consideran el cuerpo humano como compuesto de: (a) un cuerpo exterior o grosero (Sthûla Sharîra), (b) un cuerpo interno o vaporoso (Sûkshma o Linga Sharîra, el vehículo), unidos ambos por (c), la vida Jîva o Kârana Sharîra, el cuerpo causal) 6. El Sistema Oculto o Esotérico divide éstos en siete, agregándole además Kâma, Manas, Buddhi, y Atinan.

La filosofía Nyâya, al tratar de los Prameyas (por medio de los cuales los objetos y sujetos de Pramâna pueden ser entendidos correctamente), incluye entre los 12 , los siete principios raíces o fundamentales (véase Sûtra, IX), que son: (1) el Alma (Âtman); (2) su Espíritu superior (Jivâtman); (3) el cuerpo (Sharîra); (4) los sentidos (Indriya); (5) la actividad o voluntad (Pravritti); (6) la mente (Manas); (7) el intelecto (Buddhi).

Los siete Padârthas (exámenes o atributos de las cosas existentes) de Kanâda en el Vaisheshika, se refieren en la Doctrina Oculta a las siete cualidades o atributos de los siete Principios. Así: (1) la sustancia (Dravya) se refiere al cuerpo o Sthûla Sharîra; (2) la cualidad o propiedad (Guna) principio de vida, Jîva; (3) la acción o acto (Karman) al Linga Sharîra; (4) la comunidad o mezcla de las propiedades (Sâmânya) a Kâma-Rûpa; (5) la personalidad o individualidad consciente (Vishesha) a Manas; (6) la cohesión o relación íntima perpetua (Samavâya) con Buddhi, el vehículo inseparable de Âtman; (7) la no –existencia o no– ser en el sentido de la objetividad o sustancia (Abhâva), y como separados de la misma, a la Mónada más elevada o Âtman.

Así pues, sea que consideremos el Uno como el Purusha Védico o Brahman (neutro), la “Esencia que todo lo penetra”; o como el Espíritu Universal, la “Luz de las luces” (Jyotishâm Jyotih), el total independiente de toda relación de los Upanishads; o como el Paramâtman de la Vedanta; o también como la Adristha de Kanâda, la Fuerza invisible o átomo divino; y finalmente, como Prakriti, “la Esencia eternamente existente” de Kapila; en todos estos principios impersonales universales hallamos la capacidad latente de evolucionar de sí mismos a “seis rayos” (siendo el séptimo el principio evolutivo). El tercer aforismo del Sâṅkhya Kârikâ, que dice, refiriéndose a Prakriti, que es la “raíz y sustancia de todas las cosas”, y no producto, sino productora ella misma de “siete cosas que, producidas por aquella, se convierten también en productores”, ofrece un significado puramente oculto.

¿Qué son aquellos Productores evolucionados del Principio Básico Universal (Mûla-prakriti o la materia cósmica primera no diferenciada, que de sí misma evoluciona la conciencia y la mente, llamada generalmente Prakriti o Amûlam Mûlam, la “raíz sin raíz”, y Avyakta, “el Evolucionador no Evolucionado”, etcétera?) Ese Tattva primordial o “Aquello eternamente existente”, la Ignota Esencia, produce, según nos enseñan, como primer Producto a Buddhi –el Intelecto– sea que apliquemos este último al sexto Principio macrocósmico o al microcósmico.

Ese primer producto produce a su vez (o es el origen de) Ahankâra, la “propia conciencia”, y Manas, la “mente”.

Siempre habrá de tener presente el lector que Mahat o gran fuente de aquellas dos facultades internas, Buddhi per se, no puede poseer ni conciencia propia ni mente, esto es, sólo puede el sexto principio en el hombre conservar una esencia de propia conciencia personal, individualidad personal absorbiendo en sí mismo sus propias aguas, que han fluido por conducto de aquella facultad finita; porque Ahamkâra, esto es, la percepción del Yo o sentimiento de nuestra propia individualidad personal, exactamente representado por el término Egoísmo, pertenece al segundo, o más bien al tercer producto de los siete, esto es, al quinto principio o Manas. Este último es el que atrae al hilo de Prakriti, (el principio–raíz) cual tela de araña, los cuatro principios o partículas sutiles elementales –Tanmâtras, de los que la tercera clase, los Mahâbhûtas, principios elementales groseros, o más bien los Sharîras y Rûpas, han evolucionado–;

Kâma, Linga, Jîva y Sthûla Sharîra. Las tres Gunas de Prakriti –Sattva, Rajas y Tamas (pureza, actividad pasional e ignorancia u oscuridad)– formando un triple hilo o cuerda penetran los siete, mejor dicho, los seis principios humanos. Del quinto, Manas o Ahankâra, el Yo ,depende convertir la cuerda Guna en un solo hilo, el Sattva, y formando así un solo todo con el Evolucionador no Evolucionado, alcanzar la inmortalidad o existencia consciente eterna.

De otro modo, nuevamente se resolverá en su Esencia Mahâbhautica; mientras no esté desencordada la triple cuerda, el Espíritu (la Mónada Divina) queda esclavizado cual animal por la presencia de las Gunas en los principios (Purusha Pashu). El Espíritu Atinan o Jîvâtman (los principios séptimo y sexto), sea del Macrocosmos o Microcosmos, aunque esclavo de aquellas Gunas durante la manifestación objetiva del Universo o del hombre es, no obstante, ninguna, esto es, está completamente libre de ellas. De los tres productores o evolucionadores, Prakriti, Buddhi y Ahankâra, sólo el último puede ser hecho prisionero (tratándose del hombre) y destruido cuando es personal. La Mónada Divina es Aguna (exenta de cualidades), mientras que Prakriti, en cuanto el estado pasivo de Mûlaprakriti pasa al de Avyakta (un evolucionado activo), es entonces Gunavat, dotado de cualidades. Nada pueden tener que ver Purusha o Atinan con el último (siendo incapaces, por supuesto, de percibirle en su estado gunavático); con la primera –Mûlaprakriti o la esencia cósmica no diferenciada– sí tienen relación, ya que forman un solo todo con ella y son idénticos.

El Atma–Bodha o “Conocimiento del Alma”, tratado escrito por el gran Shankarâchârya, habla claramente de los siete principios en el hombre (véase versículo 14). A estos los llama las cinco envolturas (Panchakosha), en las que está contenida la Mónada Divina, el Atman y Buddhi, los principios séptimo y sexto, o el alma individualizada cuando se ha diferenciado (bajo la acción de Avidyâ, Mâyâ y las Gunas) del Alma Suprema, Parabrahman. La primera envoltura, llamada Anandamaya –la envoltura de la Suprema Bienaventuranza–, es el Manas o quinto principio de los ocultistas, cuando está unido a Buddhi. La segunda es Vijñânana Maya Khosa, la envoltura de la propia ilusión, el Manas cuando se elude en la creencia del yo personal o Ego con su vehículo. La tercera, Manomaya, compuesta de la mente ilusoria asociada con los órganos de la acción y la voluntad, es el Kâma Rûpa y Linga Sharîra combinados, productores de un yo ilusorio o Mâyâvi Rûpa. Se llama a la cuarta envoltura Prâna –Maya, la vida ilusoria, nuestro segundo principio de vida o Jîva en el que reside la vida, la envoltura del aliento. La quinta Kosha lleva por nombre Anna–Maya, o sea la envoltura conservada por medio del alimento, nuestro cuerpo material. Todas esas envolturas producen a su vez otras menores, o seis atributos o cualidades cada una, siendo siempre la séptima la envoltura raíz o fundamental; y al Atman o Espíritu, que semejante a un hilo pasa a través de todos esos cuerpos etéreos sutiles, le llaman el alma –hilo o Sûtrâtman.

Y ahora podemos dar por terminada la anterior demostración. En verdad que bien puede aplicarse a la Doctrina Esotérica el calificativo de doctrina del hilo, ya que como Sûtrâtman o Prânâtman, penetra y une a todos los antiguos sistemas filosófico–religiosos, y lo que es más aun, los reconcilia y explica. Pues aunque tan distintos exteriormente entre sí, descansan todos en una base única, cuya extensión, profundidad, amplitud y naturaleza son conocidas de aquellos que se han convertido, a semejanza de los Hombres Sabios del Oriente, en adeptos de la Ciencia Oculta.

NOTAS

1 El hecho de declarar el mismo Manu que fue creado por Virâj, y produjo después los diez Prajâpatis, que a su vez produjeron siete Manus, los cuales dieron nacimiento a otros siete Manus (Manu,1, 33–56), se refiere a otros misterios aun anteriores y constituye al mismo tiempo un velo respecto a la doctrina de la Cadena septenaria.

2 Ver Génesis .Capítulo VII, 2–4, 10–12.

3 Poema de Gilgamesh, tablilla XI, 128–129, 146 y 157. Editora Nacional, Madrid, 1980.

4 Georges Smith. Babilonia, pág. 36 ¡Aquí también, como sucede con los Manus, los 10 Prajâpatis y los 10 Sephiroth en el Libro de los Números, se van reduciendo a siete!

5 Upa –ni–shad significa, según las autoridades brahmánicas, “conquistar la ignorancia revelando el Conocimiento Espiritual Secreto ”. Según Monier Williams, derivase el título de la raíz sad con las preposiciones upa y ni, e implica “algo místico que está bajo la superficie”.

6 Confunden con frecuencia los no iniciados ese Kârana Sharîra con el linga Sharîra, describiendo al primero como el embrión interno rudimentario o latente del cuerpo unido a él. Mas el ocultista lo considera como la vida (cuerpo) o Jîva, que desaparece a la muerte; es reabsorbido, dejando al primer y tercer principio desintegrarse y volver a sus elementos.